

Sin ninguna importancia

DECIDIDAMENTE, el hombre es el agente más estúpido de la creación. Esta frase hecha, que yo no recuerdo ahora donde la hemos leído, debería bastarnos para no envanecernos demasiado con nuestras cosas.

Es muy posible que esta afirmación no sea del agrado de muchos de ustedes, pero nosotros creemos poseer razones suficientes para sostenerla. Es más; tenemos la opinión de que, aparte de otras muy escasas virtudes—muy pocas, desgraciadamente—es su estupidez, más que su maldad, la que le impele a cometer sus hechos trascendentales, porque somos muchos los que estamos en el secreto de que la maldad—la maldad dirigida, esto es, la maldad consciente—aparece justamente con los primeros vestigios de nuestra cultura.

Aquella primera tontería cometida por nuestro padre Adán—principio, proceso y fin de nuestra tragedia terrenal—es, desde luego, muy suficiente para calificar a toda una generación. Y para que le tiremos piedras. Si esto no fuese así, no se nos ocurriría entorpecer tanto las cosas más sencillas de nuestra vida y menos aún enmendar la plana, con todo el bagaje de nuestra cultura, a la propia naturaleza.

Porque, vamos a ver. ¿Me quiere usted decir lo que hemos adelantado desde que el hombre comía el trigo a puñados, hasta nuestros días? Nada, mi querido amigo, o cuando más, sólo podemos registrar la aparición de un nuevo agente: el especialista de estómago. Esto es todo, desgraciadamente.

Por lo demás, cuánto no hubiéramos ganado sin ese invento motorizado o hidraulizado de las fábricas de harina en donde, en todas las épocas y en todas las latitudes, metía usted trigo y solo Dios sabía lo que le daban ¿Y qué decir de las, salvo honrosas excepciones, *beneméritas* fábricas de panificación? Bástenos recordar a todos que los motines y las revoluciones tuvieron su origen y ensayo a las puertas de las panaderías...

¿A qué diantres meterse a hacer innovaciones y transformaciones en cosas que ya nos las brinda elaboradas la propia naturaleza? ¡Con lo bien que ahora estaríamos comiendo puñaditos de trigo, sin más complicaciones ni mixtificaciones!

Lo más trivial y sencillo, el juego de pelota, pongo por caso, no hay quién lo entienda, de primeras, a la entrada en un frontón. Y qué decir del balompié, ese juego sencillo, de fuerza y destreza, tan torpemente complicado que hace que unos pobres hombres en calzoncillos se pasen la tarde dando motivos para que otro desgraciado se congeñe tocando un pito parecido a esos de los afiladores?

En las mismas representaciones oficiales, ¿no hemos visto a unos cuantos de señores, atacados de mayor estulticia, debatirse desesperadamente para situarse en los primeros puestos que nadie se los ha conferido y que, en la mayoría de los casos, no les pertenecen?

Si por ventura nos encontramos instalados en el campo, nuestra primera y única preocupación consiste en urbanizarlo a nuestro alrededor, en darle una sensación, lo más veraz posible, de que para nada nos hemos ausentado de la urbe; pero sí, por el contrario, nos hallamos sumidos en la gran tragi-comedia que representa nuestra mísera vida en cualquiera población... ¡ah! entonces, todos nuestros esfuerzos, todos nuestros mayores entusiasmos, los ponemos al servicio de una idea obsesionante: la de engañarnos, creyéndonos liberados de esta gran tiranía, y con la ayuda de los ediles y de esas brigadas llamadas municipales, comenzamos «a todo meter», a poner un poco de campo en los paseos públicos, aunque este campo resulte de un trasnochado lamentable y, por ende, manchado de gasolina.

La cosa es seguir haciendo tonterías a lo largo de nuestra vida y, creyéndonos superiores a todo y a todos, llevar la contraria a todo lo que se nos ponga a tiro.

Que es, en resumidas cuentas, lo que yo acabo de hacer. Por algo somos semejantes...

MARIANO E. CARDENAL

